

Juan Rulfo:

de lo invisible a lo visible

Paulina Lavista

Como una imagen que aparece al revelar una placa, la figura de Juan Rulfo se fue tornando gradualmente visible a los ojos de Paulina Lavista, a lo largo de su formación como fotógrafa, hasta llegar a cobrar una presencia sólida en varios planos de su vida. En estas páginas cuenta ese tránsito a la vez que se acerca a Rulfo en la vocación que con él compartió.

A mi madre, Elena Pimienta, conocida por sus amigos como Helen Lavista, quién partió al viaje sin retorno a la edad de cien años, el 16 de abril de 2016, dejando en mi memoria la dulzura de su carácter y su ejemplo de saber retirarse ante la vida, "malgré tout"...

I. JUAN RULFO INVISIBLE

Por mi madre oí por primera vez el nombre de Juan Rulfo, allá por 1956. Con admiración, emocionada, hablaba de su novela, ya célebre, a un año de su aparición. Hablaba de cómo la habían impresionado los personajes de Susana San Juan y del tal Pedro Páramo, que decía, le recordaba a su padre, o sea, a mi abuelo, Bernardo Pimienta, entre otras cosas, porque había nacido en Tenamaxtlán, en la "mismita" región de Jalisco donde había nacido Rulfo, ahí "donde todos eran medio güeros y altotes porque habían matado a todos los indios, eran tierras de hombres a caballo, hacendados venidos a menos por la sequía y la Revolución", nos contaba. Tendría yo once años de edad;

me fascinaba oír sus narraciones, me transportaban a un mundo rural desconocido y mágico.

Mamá nos contaba: "Mi padre Bernardo Pimienta fue una calamidad. Era guapo, alto, parrandero, mujeriego. Tenía gallos de pelea, jugaba a las cartas, comerciaba con el ganado... hizo renegar mucho a mi madre, figúrense nomás, cuando se casó con mi madre ella llevó una dote de treinta mil pesos en monedas de oro y una mina de carbón que tuvo a bien gastársela en pocos años dejando a la familia en ruinas después de haberle hecho siete hijos... luego mi padre nos llevó a toda la familia a emigrar a Los Ángeles, California. Mi padre viajaba mucho; iba y venía a México cuando le daba la gana y a nosotros nos dejó allá del otro lado, mi pobre madre lloraba mucho añorando México".

Nacida en Tala, Jalisco, en 1915, mi madre era prácticamente bilingüe, vivió en California de 1922 a 1934. Vino de visita a la Ciudad de México cuando terminó el *high school*, conoció a mi padre, Raúl Lavista; se casó en 1936 y jamás regresó a Los Ángeles. Mis abuelos volvieron a México hacia 1948, mi abuelo se fue al pueblo y mi abuela María, resentida, ya no quiso

irse con mi abuelo y se quedó en la Ciudad de México a vivir en mi casa, lo que fue una delicia para mí en mi niñez por su forma particular (rulfiana) de hablar al estilo Jalisco y por las historias que me contaba. El resto de los hermanos de mi madre se quedaron en Los Ángeles para siempre, por lo que tengo un montón de primos hermanos chicanos que ya no hablan español.

Mi abuelo Bernardo murió en 1954 a la edad de 80 años, a raíz de que se había caído cabalgando en su caballo y perdió el conocimiento. Mi madre viajó con algunas de sus hermanas al pueblo de Tenamaxtlán, donde lo encontró inconsciente, por lo que pasó una temporada ahí hasta que murió. Estando mi madre en el entierro de mi abuelo, aparecieron unas jóvenes mujeres guapas enlutadas que lloraban y a las que nadie saludaba. “No te azores, Elena, son tus medias hermanas; tú sabes cómo era tu papá de sinvergüenza... ¡mira que caerse del caballo por andarle presumiendo a las muchachas del pueblo a su edad!”, le susurró al oído maliciosamente una tía.

“El pueblo de Tenamaxtlán se parece al Comala de Juan Rulfo: hay muchos fantasmas que rondan con sus historias; por eso me gusta tanto leer a *Pedro Páramo*: despierta mis sentidos”, solía decirnos.

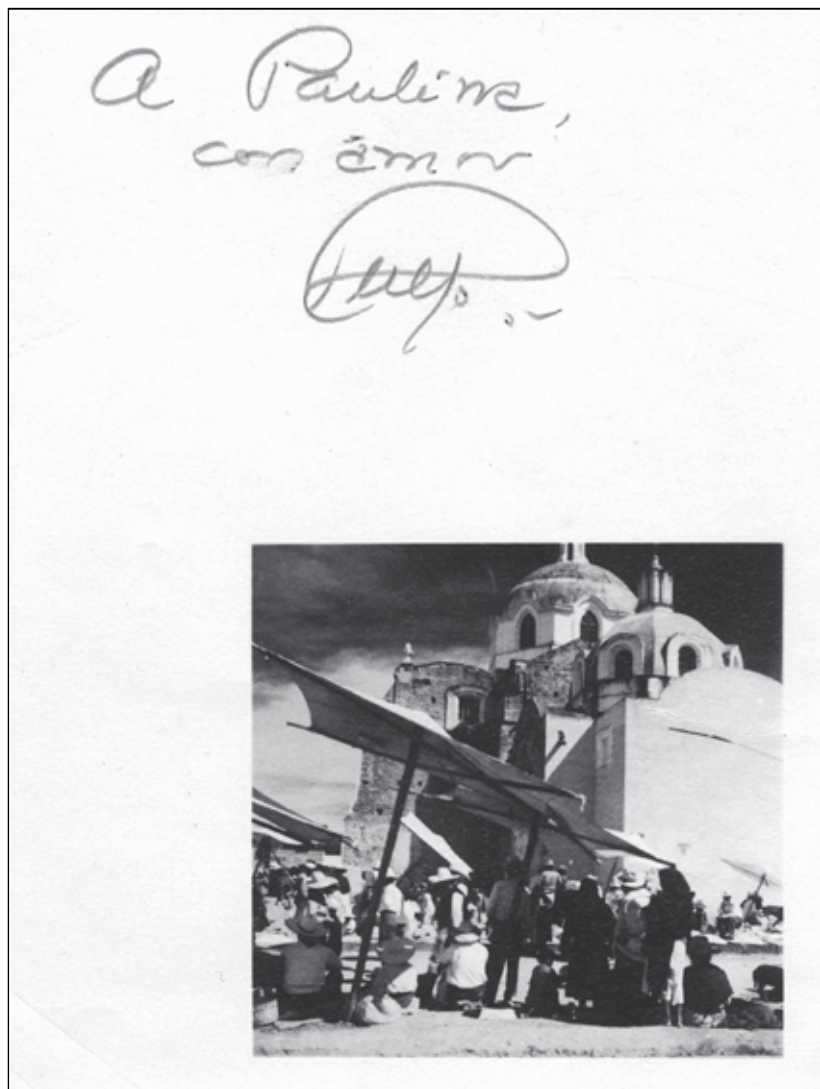
Luego la novedad fue que al poco tiempo Juan Rulfo vino a casa para entrevistarse con mi padre. Lo llevó la bailarina Waldeen von Falkenstein, quien tenía la idea de que mi padre, el compositor Raúl Lavista, le escribiera la música para un ballet inspirado en *Pedro Páramo*, proyecto que no se llevó a cabo, no sé por qué, pero que dio pie a que durante una época Rulfo frecuentara a mi padre para oír música. No lo conocí entonces, sólo seguí oyendo a mis padres, y a muchas otras personas hablar de él con admiración.

Pasé a crecer deseando a toda costa ser fotógrafa. Entre 1965 y 1967 estudié la carrera de cine, pertencí a la primera generación de alumnos, en el CUEC (Centro Universitario de Estudios Cinematográficos), escuela formada por Manuel González Casanova en la UNAM.

Conseguí entonces, con mi juventud a cuestas, ávida de sueños por realizar, mi primer trabajo relacionado con mis intereses, fungiendo como asistente o achichinle de producción en la compañía Cine-Foto de los fotógrafos Antonio Reynoso y Rafael Corkidi, en la que lo mismo se producían documentales y largometrajes experimentales que fotografías y comerciales publicitarios. En una pequeña oficina, enclavada en medio de un gran foro, había colgadas, montadas en bastidores, una serie de fotografías en blanco y negro de pequeño formato y de tema rural. Pregunté de quién eran y averigüé que eran las fotografías de *still* de la película *El despojo*, que recién habían terminado en Cine-Foto, dirigida por Antonio Reynoso. Un interesante medimetro con historia y guion de Juan Rulfo, de la que hablaban con mucho orgullo mis jefes, Corkidi y Reynoso, pues había sido para ellos un triunfo poder hacerla de manera independiente con muy pocos recursos económicos. Antonio Reynoso, quien hablaba con verdadera devoción de Rulfo, fue el alumno predilecto de don Manuel Álvarez Bravo, quien literalmente recuerdo que me dijo: “¡Caray, Paulina!, este Antonio sí es requetebuen fotógrafo, ¿no le parece a usted?”.

Éste fue mi segundo encuentro con el nombre de Juan Rulfo sin que se hiciera visible ante mis ojos el escritor jalisciense tan elogiado por todos.

Conseguí ser fotógrafa después de una incursión de dos años y medio en el cine, donde trabajé primero como asistente, luego como jefa y finalmente como gerente de producción de varias películas de largometraje y cortometrajes, entre las que destaco *Fando y Lis* de Alejandro Jodorowsky, *El mes más cruel* de Carlos Lozano, *Mariana* de Juan Guerrero y *Olimpiada en México* de Alberto Isaac, lo que me permitió ganar el dinero suficiente para comprarme mi primera cámara fotográfica y mandar a volar al cine, que en el fondo me parecía muy artificial y difícil de realizar. Era demasiada parafernalia para un resultado generalmente





© Paulina Lavista

Juan Rulfo en el Centro Mexicano de Escritores, 1970

pobre y mediocre. ¡Con mi cámara era yo libre!, nada me impedía ahora realizar mi sueño, nada mediaba entre la escena y mi ojo.

Entonces el destino, a finales de 1968, me unió al escritor Salvador Elizondo, quien me alentó en mi decisión de dejar el cine y me apoyó en todo momento para que yo pudiera trabajar en desarrollar una obra fotográfica. Fue justamente gracias a él que finalmente Rulfo se hizo visible ante mis ojos: Salvador me consiguió un trabajo como fotógrafa en el Centro Mexicano de Escritores. Acudí, cámara en mano, a una sesión en el CME, donde por primera vez vi a Rulfo. Presidía una gran mesa ovalada, junto al doctor Francisco Monterde y a Salvador Elizondo, rodeados de los becarios.

Luego se hizo habitual que casi todos los miércoles, después de la sesión del CME, llegara Salvador a casa con Juan Rulfo. Así, paulatinamente, llegué a conocerlo. Hablaba entre dientes, fumaba y tomaba café constantemente, era medio rubio, guapo, de pelo rizado, finas facciones y unas manos grandes y alargadas con las que se expresaba en sus largas pláticas con nosotros. Rulfo, a veces, miraba mis incipientes fotografías.

Un día, cuando lo acompañé a la salida de la casa para despedirlo, después de su periódica visita de los miércoles, se detuvo en el umbral de la puerta y sacó del bolsillo de su saco gris de gruesa lana una pequeña fotografía impresa por contacto al tamaño de seis por seis centímetros. Era una hermosa imagen de un tianguis con un juego visual de las mantas tendidas, una fotografía perfecta dedicada a mí que decía, al calce: "A PAULINA, CON AMOR RULFO". Quedé atónita, ignoraba yo que Rulfo tomaba fotografías.

Yo aproveché, dándole infinitas gracias por su maravilloso obsequio, para pedirle una cita a fin de que posara para mí y poder así tener el honor de poner

un retrato de él dentro de mi primera exposición individual, próxima a inaugurarse, el 25 de noviembre de 1970 en el Palacio de Bellas Artes. Me dijo que sí muy amablemente y me citó el 7 de noviembre en el Instituto Nacional Indigenista, situado en avenida Revolución, al mediodía. Me dio tiempo de trabajar y pude así exponer su retrato. Tuve la suerte de que Rulfo fuera a la inauguración.

Para mí fue muy importante mi acercamiento con Rulfo. Fue un privilegio conocerlo.

II. LO VISIBLE DE RULFO ME DESLUMBRA

En 1980, el Instituto Nacional de Bellas Artes, bajo la dirección de Juan José Bremer, organizó un Homenaje Nacional a Juan Rulfo para lo que publicaron un gran libro con ¡CIEN FOTOGRAFÍAS DE JUAN RULFO!

Fue la primera vez que abiertamente se mostraron las fotografías del gran escritor, una novedad insólita. Cuando llega a mí el libro y miro las imágenes de Rulfo, me encantan y me sorprenden; una entre todas me impresiona sobremedida: es una barda de adobe que serpentea solitaria en un árido paisaje, una fotografía magistral que sólo Rulfo podría haber hecho por derecho propio.

Descubrí entonces que no sólo había conocido al más grande escritor mexicano por excelencia, sino también a un gran fotógrafo que se había hecho visible ante mis ojos hasta deslumbrarme. Un fotógrafo cuya mirada sobre México me conmueve.

A partir del lanzamiento de Rulfo como fotógrafo, se han publicado, gracias a la Fundación Juan Rulfo, múltiples ediciones de libros con sus fotografías, lo que nos permite entender más la grandeza de Rulfo y conocer su mirada.



Paulina Lavista y Juan Rulfo en la primera exposición individual de la fotógrafa, 25 de noviembre de 1970

Deja imágenes entrañables. Paisajes de montañas y alturas prodigiosas, de pueblos casi desiertos donde se aposentan personajes como testigos de la desolación del hombre, muros de vestigios coloniales agujerados por los balazos de la Revolución que nos cuentan toda una historia, o el instante donde en un pueblo un niño bolero vestido de overol, con su cajón en mano, mira los zapatos de unas muchachas, o las mujeres mixe que en un paisaje nebuloso labran la tierra, o la fotografía que toma de Xochimilco donde en una sola imagen abarca todo el universo acuático y terrestre de las chinampas y las trajineras que me fascinan y cientos de fotografías más, memorables todas porque van implícitas en ellas el espíritu y la esencia del universo de Juan Rulfo.

III. JUAN RULFO Y EL CINE

Juan Rulfo llegó a acumular a lo largo de su vida, según el recuento de la Fundación Rulfo, alrededor de doce mil negativos. Siempre, hasta el final de su existencia, tomó fotografías, fechadas éstas entre 1948 a 1980, sin embargo, también coqueteó con el cine. La más interesante para mí es la película que antes mencioné, *El despojo*, por estar totalmente ambientada con el espíritu de la literatura de Rulfo, con guion e historia escritos por el propio Rulfo y dirigida por mi maestro Antonio Reynoso. También Rulfo sorprendió a todos cuando se había creado una gran expectativa por ver cuál película ganaría el Primer Concurso Nacional de Cine Experimental. Por fin los sindicatos cinematográficos se abrieron a la modernidad y permitieron a nuevos directores realizar sus películas, obras primas casi todas, con gran producción y exhibidas en cines comerciales. Concurrieron diversos personajes, como Juan Ibáñez, Juan José

Gurrola, etcétera; todos se sentían genios y estaban convencidos de que ganarían. No fue así: ganó la película *La fórmula secreta* de Rubén Gámez, con la participación de Juan Rulfo, en la que aparece una secuencia de una gran fuerza, que enchina el cuerpo, debido a las imágenes que consigue Gámez, acompañadas por un gran texto que escribe Rulfo, leído por Jaime Sabines.

Rulfo se acercó a la filmación de la película *La escondida* de Roberto Gavaldón e hizo una serie de fotografías, retratos muchos de ellos, de María Félix, y otros personajes durante la filmación; sin embargo, no son, para mí, las más afortunadas fotografías de Rulfo, porque pasa que son “puestas en escena” y carecen de la naturalidad de las otras fotos que hizo durante sus viajes de manera espontánea, de la realidad que miraba en sus travesías por México.

Se han intentado dos o tres películas tratando de interpretar, a mi parecer de manera errática, *Pedro Páramo*. Visualizar *Pedro Páramo* es imposible porque es un producto de la literatura, del lenguaje y de la imaginación que cada lector percibe ante el texto. Rulfo no se interpretó a sí mismo en sus fotografías, Rulfo se nutrió del paisaje mexicano que observó, que meditó y reflexionó para convertir lo vivido y lo visto en literatura pura, en escritura hecha de un lenguaje, un lenguaje único y verdadero que ha llevado al libro a ser traducido a más de sesenta idiomas, un texto universal hoy reconocido y admirado mundialmente.

Rulfo también participó en otros guiones para el cine y su cuento *El gallo de oro* fue llevado a la pantalla con resultados mediocres. El gran Rulfo está en su literatura y en las imágenes que lo alimentaron para escribir sus textos.